de campo del cabo Misena, y en medio de los enviados de los reyes y de los sábios griegos, complacíase Cornelia en referir á sus huéspedes admirados la vida y la muerte de sus dos hijos sin derramar una sola lágrima, y como si hubiese hablado de los héroes de la antigüedad: á veces añadia estas palabras á la relacion de las proezas de su padre el Africano: « Y los nietos de aquel grande hombre eran mis hijos, que cayeron en los templos y en los bosques sagrados de los dioses, teniendo las tumbas que merecen sus virtudes, pues sacrificaron su vida á la idea mas noble, á la felicidad del pueblo. »

CAPITULO XVII.

YUGURTA Y LOS CIMBRIOS (112-101).

Reaccion aristocrática: Mario. — Guerra de Yugurta (112-104): afrenta de las armas romanas (111-110). — Mando de Metelo y de Mario (109-104). — Exploraciones de los romanos para abrir una carretera hácia Grecia y España (134-113). — Invasion de los cimbrios y de los teutones en el Nórico, la Galia y la España (113-102). — Batalla de Aix 102): batalla de Verceli (101).

Reaccion aristocrática: Mario.

Cuando hubieron arrojado al Tíber los 3,000 cadáveres, y limpiaron la sangre en las calles y pagaron el precio del crímen, quiso el feroz Opimio eternizar el recuerdo de tan odiosa victoria, y se mandó acuñar una medalla en la que aparecia en figura de Hércules con una maza y una corona triunfal. Despues purificó la ciudad con lustraciones y consagró un templo á la Concordia, parodia risible del último acto de la vida de Camilo; sin embargo, Camilo no asesinó á Licinio, sino que cerró la era de los motines, en tanto que Opimio abria la de las proscripciones.

Quince años tardaron los nobles en destruir la obra de los Gracos, porque no se atrevieron á aprovechar mas de prisa su victoria. Principiaron por permitir que cada cual

vendiera su lote, de cuyo modo en corto tiempo volvieron á los ricos las tierras repartidas. Luego aseguraron las posesiones restantes, bajo la condicion de pagar un tributo con destino al pueblo; pero en 108 suprimieron el tributo y así anularon completamente la ley agraria.

Sin embargo, los nobles no olvidaron del todo la severa

Mario.

leccion que habian recibido. En 116 los censores degradaron á 32 senadores, el cónsul Escauro publicó el año siguiente otra ley suntuaria y limitó los derechos políticos de los libertos, y, finalmente, cuando sobrevinieron los escándalos de la guerra de Numidia, los caballeros, tan indignados como el pueblo, hirieron á un pontífice y á cuatro consulares, entre los cuales se contaba Opimio, que se

fué á morir oscuro y deshonrado en Durazzo. Empero los grandes se rebelaron contra esta severidad que les pareció excesiva, y el cónsul Cepion mandó devolver la mitad de los cargos de jueces á los senadores (106).

Era otra vez el antiguo estado : los pobres en la miseria, los grandes en el lujo y la confianza. Ya no quedaba de los hijos de Cornelia mas que un recuerdo sangriento, aunque es verdad que entraba entonces en la vida pública Mario, el hombre que debia vengarlos tan cruelmente. Mario era un rudo ciudadano de Arpino, soldado intrépido y buen general; pero tan irascible en el foro como firme en los campamentos. Escipion le distinguió en el sitio de Numancia, y el apoyo de los Metelos que siempre protegieron á su familia, le valió el tribunado en 119. Su primer acto fué una proposicion contra las candidaturas, y como toda la nobleza protestara contra la osadía de aquel jóven desconocido, Mario amenazó en el senado al cónsul con la cárcel y llamó á su viator para arrastrar á Metelo : los nobles no quisieron empeñar una nueva lucha sobre un objeto secundario, y la proposicion quedó aceptada. El pueblo le aplaudia; mas como algunos dias despues se opusiera á un reparto gratuito de trigo, todos se volvieron contra él por su pretension de imponer leyes á los dos partidos, y fracasó cuando solicitó una tras otra las dos edilidades. En 117 fué el último que obtuvo la pretura, y para eso le acusaron de haber comprado votos; y tanto las acusaciones como los tropiezos que hallaba en su marcha, enfriaron su celo, pasó oscuramente en Roma el año de su pretura, y solo en el siguiente se distinguió en su gobierno de la España ulterior por el vigor con que reprimió las rapiñas de los habitantes. A su regreso el aldeano de Arpino firmó la paz con los nobles casándose con la patricia Julia, tia de César, y olvidando entonces Metelo la conducta que observó en su tribunado, se le llevó á Numidia, porque reconocia la superioridad de sus talentos militares.

Guerra de Yugurta (112-104) : afrenta de las armas romanas (111-110).

El Africa se dividió en tres reinos despues de la destruccion de Cartago : al oeste el de *Mauritania* (Marruecos), en el centro el de *Numidia* (Argelia), que se extendia del *Mulucha* (Moluya) al *Tusca* (Zaine), y por último, detrás de este rio, la provincia romana, la antigua *Zeugitana* (Túnez), envuelta entre las posesiones de los reyes númidas, gracias á las usurpaciones que cometió Masinisa contra los cartagineses. Tanto Masinisa como sus sucesores pugnaron por infundir á sus númidas costumbres sedentarias, fomentaron la agricultura, multiplicaron las ciudades é introdujeron en ellas la civilizacion de los romanos. No era, pues, de desdeñar la Numidia : su educacion social ya estaba medio hecha, y su independencia debia perecer desde que le importaba á Roma apoderarse de su territorio. Sus mismos reyes contribuyeron á la obra.

A la muerte de Masinisa, Escipion Emiliano repartió la Numidia entre los tres hijos del anciano príncipe : un fin prematuro se llevó á los dos mayores, y el tercero, llamado Micipsa, quedó de único rey, aunque contaba compartir sus Estados con sus dos hijos Aderbal y Jempsal. Con ellos habia educado Micipsa á Yugurta, hijo natural de su hermano, que parecia haber heredado el indómito arrojo y la ambicion sin escrúpulos de su abuelo. Como Masinisa, era el mejor jinete de Africa, y nadie atacaba al leon con mas intrepidez en las cacerías del Atlas. Viendo que cada dia crecia su fama, Micipsa temió haber dado un rival á sus hijos, y con la esperanza de que la guerra acabaria con él, le confió un socorro que mandó á Escipion durante la guerra numantina. Yugurta regresó á Africa con brillantes testimonios del favor de Escipion, y entonces Micipsa creyó prudente adoptarle y le dejó al morir un tercio del reino para que los otros dos pasaran á sus hijos Aderbal y Jempsal (118). Sin embargo, desde los primeros dias se disputaron los que debian reinar juntos. Yugurta, arrojando la máscara, mandó degollar á Jempsal, y Aderbal, que quiso

vengar á su hermano, fué vencido y tuvo que refugiarse en la provincia romana (117). Seguidamente pasó á Roma á defender su causa; pero el senado, en cuya política entraba la division de la Numidia, se contentó con decretar el envio de diez comisarios para repartir el reino entre los dos príncipes.

Opimio, que era el jefe de la embajada, estaba sobornado ya antes de salir de Roma, los demás cedieron igualmente á la influencia del oro, y Yugurta obtuvo lo que deseaba, esto es, la mejor parte de la sucesion de Micipsa. No tardó en ambicionar mas: asoló las tierras de Aderbal, fingió que este príncipe conspiraba contra su vida, y como Aderbal se quejara, le declaró la guerra que concluyó con la batalla de la ciudad real de *Cirta* (Constantina). Algunos senadores propusieron que se enviase al instante un ejército á Africa; pero los amigos de Yugurta consiguieron que no saliese mas que otra diputacion con Emilio Escauro, el cual, por debilidad ó por soborno, regresó con bellas promesas y seguramente tambien con mucho dinero. Todavía no estaba en Roma la diputacion cuando Aderbal, obligado á rendirse por hambre, perecia en los suplicios con todos los latinos que le habian defendido (112). Indignado el pueblo, hizo que el senado enviase un ejército á Africa; y Calpurnio, que era su general, nada hizo y vendió la paz al rey (111). Sabedor de esta noticia el tribuno Memmio, se expresó con una elocuencia que recordaba la de Cayo. « Habeis permitido que perezcan vergonzosamente vuestros defensores, dijo al pueblo; yo atacaré como ellos á la orgullosa faccion que os oprime desde hace quince años. Os indignais en silencio al ver dilapidado el tesoro público y confiscados por algunos hombres los tributos de las naciones y de los reyes; y sin embargo, para ellos no era eso bastante, sino que necesitaban entregar á vuestros enemigos vuestras leyes, vuestra majestad, la religion y el Estado. » Y arrancó un decreto mandando que Yugurta se presentase en Roma. No temió el rey obedecer á tan extraña órden; pero cuando Memmio le provocó á justificarse, el otro tribuno Bebio que habia sobornado, le prohibió que tomase la palabra. Hallábase á la sazon en Roma un pretendiente al trono de Numidia, y consiguió que le dieran muerte (110). Entonces el senado le mandó que saliese de Roma, y despues que atravesó las puertas se volvió, y echando á la poblacion una mirada de odio y de desprecio, dijo: « Esa ciudad se vende, no falta mas que un comprador. »

Albino le siguió á Africa, resuelto, al parecer, á hacerle la guerra; pero Yugurta supo ganar tiempo con negociaciones y combates, y el cónsul, llamado a Roma, dejó á su hermano Aulo sus legiones, que encerradas por los númidas, sufrieron como en Numancia la afrenta de tener que pasar bajo el yugo. Un tribuno hizo que el pueblo ordenase una informacion, de la cual salieron condenados cuatro consulares y un pontífice.

Mando de Metelo y de Mario (109-104).

La guerra, que pareció cosa de juego en un principio, vino á tomar un aspecto alarmante, porque se acercaba á Italia otra mas terrible, que era la de los cimbrios. Cecilio Metelo, hombre íntegro y severo, entró en el consulado, y habiéndole tocado en suerte la provincia de Africa, se propuso castigar en el ejército las costumbres de rapiña, la cobardía y la insubordinacion; y cuando hubo restablecido la disciplina avanzó hasta *Vacca* (Baga), la tomó, y posesionado de una plaza que aseguraba sus comunicaciones con la provincia, sus víveres y su retirada, fué á buscar á Yugurta y le derrotó cerca de *Muthul* (109), victoria que trajo consigo la defeccion de varias ciudades como *Sicca* (El Kef), no lejos de *Bagradas* (Mezjerda), y quizás *Cirta* (Constantina). Yugurta renunció entonces á las batallas campales y comenzó una guerra de escaramuzas que favorecia la naturaleza del territorio, siguiendo paso á paso por los montes á la pesada infantería romana, arrebatando los convoyes, enturbiando las fuentes y asolando su propio pais.

Sin embargo, ya estaba sojuzgada la mayor parte de la *Numidia Masiliana* (el oeste de Túnez y el este de la provincia de Constantina), y habia guarniciones romanas en Sicca, la capital Vacca, Cirta y en las ciudades de la costa.

El rey se arredró ante una guerra tan desventajosa para él, pidió la paz y entregó 200,000 libras en dinero, sus elefantes, armas, caballos y todos los tránsfugas; pero no pudo resolverse á rendirse al cónsul, como este le exigia, y Metelo, confirmado en el mando, continuó las hostilidades sin devolver lo que habia ya recibido. Hasta entonces Mario se habia portado con lealtad; y habiendo pedido á su jefe permiso para ir á Roma á solicitar el consulado, Metelo contestó con desden : « Tiempo tendrás de presentarte cuando mi hijo cumpla la edad; » y este hacia á la sazon sus primeras armas (108). El cónsul no cedió sino doce dias antes de los comicios; pero Mario se apresuró tanto que llegó al séptimo dia á Roma y el pueblo le nombró y le señaló la provincia de Numidia. Desde aquella hora se dió á conocer : « Mi consulado y mi provincia, decia, son los despojos ópimos arrebatados á los nobles; y si ellos, olvidando que el mas noble es el mas valeroso, desprecian mi nacimiento, yo desprecio sus vicios. » Y abrió las legiones á los proletarios y á los italianos, lo que fué mas grave que aquellas palabras inspiradas por la ira, pues hizo un ejército de soldados pobres que dependia mas de su jefe que de la república (107).

La noticia de los últimos triunfos de Metelo apresuró la salida del nuevo cónsul. Al principio de su tercera campaña, aquel general dispersó otra vez al ejército númida y tomó á Thala en medio del desierto. Yugurta amenazado por la traicion y perseguido sin descanso, fué á parar á los desiertos de los gétulos, cuyos habitantes se le reunieron en gran número, atraidos por su fama y sus tesoros, y habiéndolos armado y disciplinado, y viéndose á la cabeza de fuerzas imponentes, trató con su suegro Bocco, rey de Mauritania, y reuniendo todas sus tropas marcharon hácia Cirta, á cuyo frente se habian fortificado los romanos. Allí supo Metelo que le habian quitado el mando y partió á fin de no hacer personalmente la entrega del ejército á su odioso rival.

Mario llevó la guerra con energia : en muchas escaramuzas derrotó á los gétulos y estuvo á punto de dar muerte

á Yugurta por su propia mano cerca de Cirta. Cuando vió aguerridas á sus tropas, fué á ocupar á *Capsa* (Cafza), que tomó en un dia sin perder un solo hombre, así como se apoderó tambien de otras ciudades á viva fuerza, ó porque las abandonaron sus moradores. Por la destreza de un soldado ligur vino á caer en sus manos una fortaleza situada hácia las fronteras de Mauritania, que encerraba en sus muros una parte de las riquezas del rey. Mientras hacia este asedio se le reunió su cuestor Sila con un cuerpo de caballería latina: ávido de gloria, valeroso, elocuente y de un celo y una actividad á toda prueba, Sila se granjeó las simpatías de los soldados y de los oficiales, y hasta Mario cobró aficion á aquel jóven noble que no contaba con sus abuelos (106).

Yugurta que habia perdido sus ciudades y sus alcázares, prometió un tercio de su reino á Bocco para decidirle á dar una gran batalla, y, efectivamente, sorprendidos los romanos por los dos reyes, se encontraron como asediados una noche en una colina; mas al amanecer los legionarios recobraron la ventaja y destrozaron á los moros y á los gétulos. Otra intentona en las inmediaciones de Cirta estuvo á punto de salir bien. Yugurta blandiendo su espada ensangrentada, decia que habia dado muerte á Mario, y ya los romanos cedian, cuando acudieron Mario y Sila, y gracias á una precipitada fuga pudieron salvarse los dos reyes. No sobrevivió la fidelidad de Bocco á aquel doble desastre, pues pasados cinco dias despues de la batalla entró en negociaciones, y Mario confió á su cuestor la peligrosa mision de ir á conferenciar con el rey moro. Aquí aparece en la historia el dramático cuadro de las incertidumbres de Bocco, que un dia queria entregar Yugurta á los romanos y otro queria entregar Sila al rey númida. Con la primera traicion se concluia la guerra y podia tener por segura una provincia, y con la segunda llamaba sobre su cabeza las venganzas de Roma, sin alcanzar por eso una probabilidad mas de salir triunfante ni quitar ninguna al cónsul. Seguramente, ni debió ocurrírsele semejante pensamiento. Yugurta llamado á una conferencia, quedó cautivo y entregado á Sila que le

cargó de cadenas y le hizo atravesar todo su reino (106). Mario le llevó á Roma, y despues del triunfo fué arrojado al *Tullianum*. « ¡Por Dios, exclamó Yugurta riendo, qué frio está vuestro baño! » Allí luchó seis dias con el hambre (104).

Bocco recibió la Numidia Masiliana ú occidental, y se agregó á la provincia de Africa una parte de la Numidia Masiliana ú oriental, dividiéndose lo restante del reino entre dos príncipes de la antigua casa real, de cuyo modo no habia que temer ya nada en lo sucesivo.

Nueve años despues el rey Apion cedió la Cirenaica á los romanos.

Exploraciones de los romanos para abrir una carretera hácia Grecia y España (134-113).

Aun no habia tomado Roma posesion de los Alpes ni asegurado sus libres comunicaciones por tierra con España y Grecia, no obstante las expediciones que con tal objeto habia emprendido. No hacia mucho que Porcio Caton habia atacado á los escordiscos (114), pereciendo en la lucha con todos sus soldados; los bárbaros habian extendido sus destrozos sobre toda la Iliria, y como el Adriático les detuvo, enfurecidos descargaron sus flechas sobre sus olas, y luego recorrieron todos los paises situados al norte de Grecia. Sin embargo, poco á poco tuvieron que retroceder hasta el Danubio. Aquellos triunfos y la sumision de los carnos en 115 aseguraban á los romanos la valla de los Alpes orientales, así como les abrió los Alpes marítimos la destruccion de la tribu de los estenos, donde no hubo un hombre que quisiese sobrevivir á la derrota de los suyos (114). Hacia ocho años, pues, que tenian una provincia allende los montes.

Marsella habia cubierto de factorías toda la costa de los Alpes á los Pirineos; los pueblos circunvecinos se levantaron exasperados por aquellas usurpaciones, y como Marsella pidiera á toda prisa auxilios al senado, salió un ejército romano, que despues de haber desbaratado á los ligures oxibios y deceatas, dió sus tierras á los masaliotas (154).

Otras quejas produjeron un nuevo envio de tropas contra los salios (125), que fueron derrotados por Fulvio Flacco, amigo de los Gracos, y por Sextio. Igual suerte tuvieron los voconces; pero esta vez Roma conservó su conquista y se engrandeció con otra provincia entre el Ródano y los Alpes, cuya capital fundó Sextio y se llamó *Aquæ Sextiæ* (Aix, 122). Los eduos, entre el Saona y el Loira, quisieron entrar en la alianza romana, en tanto que los alobroges, que se hallaban mas cerca de esta provincia, la atacaron, y el resultado fué que murieron 20,000 bárbaros en la lucha (121). El año siguiente los romanos, á las órdenes de Fabio, atravesaron el Iser; pero Bituito, rey de los arvernos, les hizo retroceder arrojándose contra ellos con 200,000 galos. Cuando el rey bárbaro desde su carro de plata que rodeaba su jauría de combate vió el corto número de aquellos legionarios dijo: « ¿Tendrán bastante mis perros para una comida? » Y sin embargo, gracias á la disciplina y á la táctica, y sobre todo á los elefantes, vencieron á las huestes galas. Algun tiempo despues Domicio llamó á Bituito á una conferencia, y haciéndole cautivo le cargó de cadenas y le llevó á Roma. Fabio agregó á la provincia todo el pais del Ródano desde el lago Leman hasta su embocadura, y los cónsules de los años siguientes pasaron el Ródano y extendieron la provincia hasta los Pirineos. Los volkos tectosagos, dueños de Tolosa, aceptaron el título de *federados*, y la colonia de *Narbo Martius* (Narbona), situada en las bocas del Aude, que debió cuidar de sus nuevos súbditos, vino á ser en breve rival de Marsella (118).

Guardada esta provincia transalpina por sus dos colonias Aix y Narbona, y cubierta por los tectosagos y los eduos, aliados de Roma, se convirtió en una avanzada desde la cual contenia el senado á las naciones galas: en ese apostadero Mario salvó á Italia.

Invasion de los cimbrios y de los teutones en el Nórico, la Galia y la España (113-102).

Todavía estaba amedrentada la Cisalpina por la reciente aparicion de los escordiscos en la otra parte del Adriático,

cuando se recibió la noticia de que 300,000 cimbrios y teutones retrocedian ante una inundacion del Báltico; que habian cruzado el Danubio, que asolaban el Nórico y que se habian corrido al valle del Drave, á dos jornadas de marcha de los Alpes cárnicos. El cónsul Papirio Carbon que salió á su encuentro fué vencido, y durante tres años hubieron de sufrir una horrible devastacion el Nórico, la Panonia y la Iliria, hasta que la horda sin tener nada mas que saquear, atravesó la Retia y entró en el territorio de los helvecios por el valle del Rin: la mitad de este último pueblo les siguió, y todos juntos bajaron el rio para penetrar en la Galia.

Los cimbrios reconocieron por hermanos á los kimris de Bélgica, y dejaron á su custodia con una guardia de 6,000 hombres todo el botin que entorpecia su marcha (110). Durante un año sufrió la Galia los males de la invasion. Llegados á las márgenes del Ródano, volvieron á encontrarse los teutones con aquellos romanos que habian visto en sus correrías hácia Oriente; y atónitos ante la inmensidad de aquel imperio, y esquivando por primera vez la lucha, pidieron al cónsul Silano que les diese tierras, ofreciendo en cambio que pelearian en favor de la república. « Roma no tiene que dar tierras ni que pedir servicios á nadie, » respondió Silano; y pasó el Ródano, combatió y salió vencido (109); pero no por eso pudieron forzar el paso del rio los aliados. En la primavera de 107 los tigurinos se encaminaron hácia Ginebra por donde podia vadearse el Ródano. Los teutones debian atacar por la parte baja del rio, y tambien los romanos dividieron sus fuerzas para esta nueva batalla, en la cual salieron desbaratados sus dos ejércitos. Afortunadamente los bárbaros pasaron un año en el goce de sus victorias, y hasta permitieron que el cónsul Cepion saquease la capital de los volkos tectosagos con quienes estaban en negociaciones. Cepion habia sacado de Tolosa 110,000 libras de oro y 1.500,000 de plata, y envió á Marsella este hermoso botin; pero unos hombres que habia apostado dieron muerte á la escolta y robaron el dinero (106).

El año siguiente el senado envió otro ejército á las órdenes del cónsul Manlio quien debió compartir el mando con Cepion, medida imprudente que produjo un espantoso desastre, pues los dos campamentos situados cerca de Orange fueron atacados uno tras otro, 80,000 legionarios, 40,000 esclavos ó criados del ejército fueron pasados á cuchillo, y las fuerzas restantes quedaron prisioneras. Diez hombres nada mas pudieron escaparse, y entre ellos se contaban Cepion y un jóven caballero romano de quien hablaremos despues llamado Q. Sertorio, que á pesar de sus heridas, atravesó el Ródano á nado con su coraza y su escudo. Era el sexto ejército romano que los bárbaros destruian (6 de octubre de 105).

Sin embargo, en vez de atravesar los Alpes se volvieron hácia España, lo que fué la salvacion de Roma, pues así tuvo tiempo de llamar á Mario que estaba en Africa, para que fuese á guardar los Alpes. Situó su campamento en la orilla izquierda del Ródano, y para abastecerle quiso abrir un canal desde el mar hasta el rio, donde pudiesen navegar en todo tiempo los bajeles de Marsella y de Italia. Con efecto, sus soldados se pusieron á la obra, y por burla les llamaban mulos de Mario; pero lo cierto es que en tan penosas tareas perdian los legionarios aquellas costumbres de molicie que hacia medio siglo se habian introducido en los campamentos y que acababan de costar seis ejércitos á la república. Mario modificó el armamento del legionario, con un escudo redondo mas ligero y un venablo, que lanzado una vez no podia servir mas y molestaba mucho al enemigo que le recibia en sus armas. Tambien cambió el antiguo órden de batalla que era de tres líneas, los hastarios, los príncipes y los triarios, y en su lugar compuso las cohortes con manípulos de las tres armas, de modo que cada cohorte fué una imágen de la legion entera. Por fin volvieron los bárbaros con la marcada intencion de penetrar en Italia. Los cimbrios tomaron á la izquierda por la Helvecia y el Nórico para bajar por el Tirol y el valle del Adige, y los teutones se encaminaron á Mario, que para acostumbrar á sus tropas á la vista de los bárbaros, durante largo tiempo se negó á entrar en batalla.

Batalla de Aix (102): batalla de Verceli (101).

Al cabo se empeñó la accion cerca de Aix. En el primer ataque salieron mal los bárbaros y no lograron mejor resultado en el segundo que duró dos dias; pues acometidos de frente por las legiones y sorprendidos á retaguardia por un capitan de Mario, hubo un degüello horrible, como sucedia en aquellas peleas de la antigüedad en las que los hombres se batian cuerpo á cuerpo al arma blanca (102). Despues de la derrota de los bárbaros, Mario eligió para su triunfo las mejores armas y los principales despojos, y con todo ello hizo un inmenso monton que se proponia quemar en honor de los dioses. Todo el ejército coronado de laureles rodeaba ya la hoguera, y Mario vestido de púrpura, ceñido con toga como se acostumbraba en los sacrificios solemnes, elevaba entrambas manos al cielo con una antorcha encendida para pegar el fuego, cuando distinguió una porcion de jinetes amigos suyos que le traian la nueva de que el pueblo le habia elegido cónsul por quinta vez. El ejército celebró la noticia con gritos de triunfo al belicoso ruido de las armas; los oficiales coronaron con mas laureles á Mario, y este dió fuego á la hoguera y consumó el sacrificio.

No estaba acabada la guerra, porque si habian sido exterminados los teutones, aun quedaban los cimbrios. Cátulo que recibió la mision de cerrarles el paso de los Alpes, consideró que no podia guardar aquellos desfiladeros y se refugió detrás del Adige. Ahora bien, los bárbaros que veian la imposibilidad de pasar el rio determinaron cegarle, para lo cual echaron al agua enormes peñascos y gran cantidad de árboles, así como atacaban tambien por sus cimientos el puente que habian construido los romanos. Amedrentadas las legiones obligaron á su general á que retrocediese hasta la otra parte del Po, y entonces llamaron á Mario y le enviaron á toda prisa en socorro de su colega.

Los cimbrios esperaban á los teutones para empeñar la batalla, pues no querian creer su derrota y hasta enviaron á Mario embajadores para pedirle tierras y ciudades en

donde pudieran establecerse ellos y sus hermanos. « No os ocupeis de vuestros hermanos, contestó el cónsul, porque están ya en la tierra que les hemos dado, y allí se estarán siempre. » Y al mismo tiempo mandó que trajeran cargados de cadenas á los reyes de los teutones que los secuanos hicieron prisioneros cuando huian en direccion á la Germania. Entonces los cimbrios le pidieron que designara el dia y el lugar de la batalla y él les propuso el llano de Verceli. Con efecto, allí acudieron todos; mas al principio del combate se elevó una nube de polvo tan denso á las pisadas de aquella multitud, que los soldados no podian verse. Mario, que se adelantó para caer el primero sobre el enemigo, se perdió en la oscuridad y anduvo largo rato por la llanura mucho mas allá del campo de batalla, mientras Cátulo soportaba solo todo el choque. Sin embargo, los ardientes rayos del sol que daban en el semblante á los bárbaros, favorecieron á los romanos, y allí murieron despedazados los mas valerosos de los cimbrios, pues se habian atado unos á otros con largas cadenas para impedir que los primeros rompiesen las filas. Los vencedores persiguieron á los fugitivos hasta sus fortificaciones en donde se vió un espectáculo espantoso. Las mujeres en los carros, vestidas de negro, daban muerte tambien á los que huian, ahogaban á sus hijos, los arrojaban bajo las ruedas de los carros ó á los piés de los caballos y despues se mataban. Hubo una de ellas que se ató sus dos hijos á los piés y se colgó de su carro. Viendo los hombres que no habia árboles para ahorcarse, se echaban á la garganta nudos corredizos que ataban á las astas ó las patas de los bueyes y perecian estrangulados ó pisoteados, pues picaban á los animales para que corrieran; y á pesar de que muchísimos acabaron así con su vida, aun se hicieron mas de 6,000 prisioneros y degollaron el doble (101).

Los honores que tributaron á Mario despues de esta victoria prueban el terror que reinaba entre los romanos en aquella época. Llamáronle el tercer Rómulo, y todos los ciudadanos hicieron libaciones en su nombre. Mario llegó á creer que habia igualado las hazañas de Bocco en la India,

y mandó cincelar en su escudo la cabeza de un bárbaro sacando la lengua. Con efecto, Roma se figuró que en sus robustos brazos acababa de ahogar á la barbarie.

CAPITULO XVIII.

SEGUNDA GUERRA DE LOS ESCLAVOS, DE LOS POBRES DE ROMA Y DE LOS ITALIANOS. LEVANTAMIENTO DE LOS PROVINCIANOS (103-84).

Rebeliones de esclavos en la Campania y en Sicilia: Salvio y Atenion (103-100). — Otros movimientos populares : Saturnino (100). — Opresion de los italianos: su conato de establecerse en Roma. — Druso (91) — Guerra social (90-88). — Ley Julia (90): triunfos de Pompeyo y de Sila: ley Plautia-Papiria. — Mario y Sulpicio arrojan á Sila de Roma (88). — Regreso de Sila: fuga de Mario. — Cinna llama á Mario (87): proscripciones: muerte de Mario (86). — Levantamiento de las provincias orientales ó guerra de Mitrídates (88-84): primeras contiendas de Mitrídates con Roma. — Degüello de todos los romanos en Asia (88). — Asedio de Atenas (87-86): batallas de Queronea y de Orcomene (86). — Paz con el rey de Ponto (84).

Rebelion de esclavos en la Campania y en Sicilia: Salvio y Atenion (103-100).

Cuando Mario lograba contener la primera invasion germánica, á su espalda se levantaban por segunda vez los esclavos. En Nuceria se descubrió una conspiracion y otra en Cápua y entrambas se desbarataron; pero un caballero romano llamado Vetio que, acribillado de deudas armó á sus esclavos y dió muerte á sus acreedores, suscitó un levantamiento mucho mas peligroso. Vetio se ciñó la diadema y vistió la púrpura, nombró sus lictores y llamó á sí á todos los esclavos de Campania; y aunque prefirió la muerte á caer en manos del enemigo cuando uno de los suyos le hizo traicion, con lo cual el movimiento se contuvo en la Campania, lo cierto es que entretanto pudo extenderse la rebelion á la Sicilia. Un hombre famoso por sus conocimientos en el arte de los arúspices, llamado Salvio, se puso al frente

de 20,000 infantes y 2,000 caballos y atacó á Morgancia, derrotando á un pretor que llegó en auxilio de los sitiados. El cilicio Atenion mandaba á los esclavos de Segesta y Lilibea; y este no recibia sino á los hombres robustos y diestros, obligaba á todos los demás á que trabajasen para el ejército y prohibia el pillaje. Los dos jefes se unieron, y Salvio, que quedó en primer lugar, se atrevió á ofrecer una batalla campal á Lúculo. Los esclavos, que no cedieron hasta que vieron caer á su caudillo, se refugiaron en Triocale, y al cabo de algunos dias de sitio Lúculo se retiró, por lo cual le castigaron en Roma con una multa. Menos afortunado aun fué su sucesor Servilio : Atenion reemplazó á Salvio, que murió poco tiempo despues de la batalla, y con su actividad paralizó los esfuerzos del enemigo. Roma castigó tambien á Servilio condenándole al destierro y se decidió á enviar por fin contra los rebeldes al cónsul Manio Aquilio, que se portó como digno colega de Mario, pues dió muerte á Atenion en combate singular y dispersó sus tropas. Todos los esclavos que cayeron cautivos fueron enviados á Roma y entregados á las fieras; pero ellos burlaron el placer que el pueblo se prometia degollándose entre sí, y el jefe que quedó el último se dió muerte tambien por sus propias manos. Muchos fueron los esclavos que perecieron en las dos guerras, y para contenerlos en lo sucesivo les sujetaron á reglamentos atroces : bajo pena de muerte les prohibieron tener armas, contando como tales los palos que usaban los pastores para defenderse de las fieras.

Otros movimientos populares: Saturnino (100).

La guerra de Numidia, la de los cimbrios y aun la de los esclavos vinieron á patentizar la impericia y hasta la venalidad de los nobles. Los tribunos recobraron ánimo ante aquella deshonra, se reorganizó el partido popular y elevó al consulado á Mario creyendo que seria su jefe ; y escudados con su nombre y sus servicios, emprendieron de nuevo la guerra contra el senado, sirviéndoles de pretesto el desastre de Orange y las concusiones de Cepion, quien destituido, murió verosímilmente estrangulado en su encierro.